

ANNIE LYONS

Su amor  
por los libros  
será el mejor  
refugio contra  
el horror  
de la guerra.

*El* CLUB DE  
LECTURA  
*del Refugio Antiaéreo*

ANNIE LYONS

EL CLUB DE LECTURA  
DEL REFUGIO  
ANTIAÉREO

Traducción de Sandra Dolores Gómez Amador

 Planeta

Título original: *The Air Raid Book Club*

© Annie Lyons, 2023

© por la traducción, Sandra Dolores Gómez Amador, 2023

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2023

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-08-27885-6

Depósito legal: B. 14.073-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S.L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# 1

*Londres, 1938*

Nuestras obras nos acompañan aún desde lejos, y lo que hemos sido nos convierte en lo que somos.

GEORGE ELIOT,  
*Middlemarch:*  
*un estudio de la vida en provincias*

Gertie llegó temprano aquella mañana. No había dormido mucho los cinco días anteriores. Era un fastidio, pero ahí estaba. Hemingway, el educado labrador rubio, permanecía a su lado, como de costumbre. Se había convertido en una especie de celebridad local desde que se unió al personal hacía cuatro años. Ya había notado que tenía la capacidad de hacer sonreír incluso a los clientes más austeros, y sabía que varias madres se desviaban de su ruta para que sus hijos, emocionados, pudieran acariciar su cabeza de oso.

Poco había cambiado en la ciudad de Beechwood desde que Harry y Gertie abrieron las puertas de la Librería Bingham. La familia Tweedy todavía regentaba la panadería y el señor Piddock, el carnicero, que se había jubilado el año

anterior, había legado sus cuchillos impecablemente afilados a su hijo Harold, quien, de acuerdo con la chismosa local, la señorita Crow, dejaba demasiado tendón en su pierna de res. Gertie recorrió con la mirada la calle principal. Sus hombros se hundieron al detenerse en las letras color miel de la pastelería Perkins. Harry le compraba una bolsa de turrón recién hecho a la señora Perkins todas las semanas sin falta para compartirla con Gertie durante sus tardes frente a la radio.

—Vamos, Hemingway. Buen chico —dijo Gertie, guiando al perro hacia el interior de la tienda, agradecida por su presencia distractora.

Los primeros rayos del sol proyectaban su luz a través de la ventana mientras las pequeñas partículas de polvo bailaban y daban vueltas como luciérnagas. Gertie hizo una pausa para inhalar la exquisita posibilidad de los libros sin abrir, como había hecho todas las mañanas de los últimos treinta años. Este lugar le había traído mucha alegría durante mucho tiempo. Ella y Harry habían construido algo maravilloso, su propio universo de ideas e historias. En un momento dado, pensó que cambiaría el mundo de una manera pública y dinámica, pero pronto se dio cuenta de que podía hacer lo mismo con los libros. Eran poderosos. Forjaban ideas e inspiraban la historia.

Sin embargo, esa alegría estaba empezando a desvanecerse. Miró hacia la puerta de la parte trasera e imaginó a Harry de pie allí, con los brazos llenos de libros, sonriéndole. De un modo instintivo, con el recuerdo oprimiéndole el corazón, se inclinó para acariciar una de las orejas aterciopeladas de Hemingway. El perro la observó con ojos tristes.

Su mala salud le había ganado a Harry su exención de la Gran Guerra, la misma que había causado su muerte dos años atrás. Gertie se consideró afortunada cuando se le concedió la exención por motivos médicos, a pesar de que la señorita Crow no había perdido la oportunidad de llamarlo «haragán» frente a cualquiera que estuviera dispuesto a escuchar. Si a él lo herían aquellos comentarios, no lo demostró nunca. Su servicio silencioso como vigilante antiaéreo voluntario hizo que Gertie sintiera un orgullo ardiente en su pecho. Pero la vida tiene una forma de ponerse al día eventualmente y la enfermedad respiratoria, que Harry padecía desde la infancia, impidió a su cuerpo combatir la tuberculosis que al final le robó la vida. Gertie todavía no podía creerlo. ¿Cómo podía ser que ya no estuviera? Aún les quedaba mucho por vivir.

«No es lo mismo sin él, ¿verdad?», se preguntó Gertie; su voz sonaba demasiado fuerte en ese espacio sagrado, como si estuviera gritando en la iglesia. Hemingway suspiró, mostrando que estaba de acuerdo, mientras ella se secaba una lágrima. «Bien. No sirve de nada pensar en cosas que no podemos cambiar. Ven. Ya solo nos queda un último ejemplar de Wodehouse y a Harry eso no le habría gustado nada.»

Cuando llegó Betty, la asistente que había contratado después de la muerte de Harry, ella ya había limpiado el polvo, ordenado y reabastecido los estantes. Todo estaba listo para abrir.

—La librería está impecable, señora B —dijo Betty, quitándose el abrigo y colocándoselo en el hombro—. ¿Quiere que prepare un poco de té?

—Gracias, querida. Estoy muerta de sed.

Betty reapareció poco tiempo después con dos tazas y platillos desparejados.

—Aquí está. Por cierto, todavía estoy dándole vueltas al libro para el club de lectura del próximo mes y me preguntaba si se le habría ocurrido alguna idea.

Gertie hizo un gesto casual con la mano.

—Estoy segura de que lo que decidas será espléndido.

—Pues había pensando en *Middlemarch*.

—¡Buena idea! —exclamó Gertie—. Ya ni me acuerdo de la última vez que elegimos una novela de George Eliot.

—Por desgracia, la señorita Snipp no está tan segura.

—¿Está tratando de convencernos de dedicarlo a otro de Thomas Hardy, por casualidad?

Betty asintió.

—No pretendo hablar de más, señora Bingham, porque es un escritor maravilloso, pero leímos *Tess, la de los d'Urberville* hace dos meses, y perdóneme por decir esto, pero a algunos no les gustó la forma en que la señorita Snipp condujo la reunión.

Esto no sorprendió a Gertie. El estilo de comunicación de aquella mujer podría describirse con mayor precisión como abrupto, rozando con lo grosero. Cuando se conocieron, Gertie supuso que no le había caído bien. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que le desagradaban casi todo el mundo. Sin contar a Harry, claro. Al fin y al cabo, quién no quería a Harry.

—Ya veo. ¿Y qué propone que leamos?

—*Jude el oscuro*.

Gertie hizo una mueca.

—Que el cielo nos asista.

—El señor Reynolds estaba tan molesto por lo que le

pasó a Tess que no estoy segura de que sea capaz de soportarlo.

—Hablaré con la señorita Snipp.

Betty suspiró.

—Se lo agradecería, señora Bingham. Ya de por sí estoy preocupada por los asistentes al club. Sé que contamos con los miembros de las postales, pero muy pocos asistieron a la reunión del mes pasado. El señor Reynolds me contó que cuando usted y el señor Bingham estaban a cargo no había espacio para dar un paso. Y no quiero decepcionarla.

Gertie le dedicó una sonrisa reconfortante.

—Ay, Betty... No me estás decepcionando. El mundo ha cambiado y la gente está distraída en este momento. Hablaré con la señorita Snipp... Por favor, no pienses más en ello. El club de lectura de la Librería Bingham es la menor de nuestras preocupaciones.

No podía revelarles sus verdaderos sentimientos. Era su mundo el que había cambiado y ella la que estaba bastante distraída, y el club de lectura era la menor de sus preocupaciones porque no se atrevía a pensar en ello. No había ido a una sola sesión desde la muerte de Harry. Lo cierto es que se ausentaba a propósito por el simple hecho de que no soportaba asistir al club sin él.

Ambos habían creado el club de lectura de la Librería Bingham y lo habían dirigido juntos, disfrutando del desafío mensual de seleccionar el libro perfecto y presidir las discusiones más estimulantes. El señor Reynolds tenía razón. La gente viajaba desde los pueblos de los alrededores para participar. Incluso habían logrado traer a algunos autores para que comentaran sus obras. La presencia de



Dorothy L. Sayers fue todo un triunfo literario, lo que resultó en una reunión particularmente animada.

Ahora eso le parecía un recuerdo lejano. La chispa de emoción que solía zumbar en su cerebro cuando ella y Harry elegían con cuidado el título mensual para el club de lectura había desaparecido. Apenas si lograba concentrarse para leer y no le llamaba la atención nada nuevo u original. Ese era el motivo por el que había delegado el papel en Betty. Ella era una ávida lectora, con un entusiasmo juvenil del que ella carecía.

Betty no solo fue una incorporación bienvenida al personal de libros de Bingham, sino que también sirvió como un agradable antídoto para la señorita Snipp, que había pasado su vida forjando una carrera exitosa en el arte de la literatura y en el de protestar. Por supuesto, había sido Harry quien insistió en que la contrataran después de que se retirara de la biblioteca:

«Su conocimiento bibliográfico es enciclopédico, Gertie —le dijo—. No encontrarás a nadie más cualificado para buscar libros para nuestros clientes». Aunque, por supuesto, aquello era verdad, aun así Gertie se sintió aliviada de que la señorita Snipp solo trabajara dos días por la mañana y de que la mayoría del tiempo estuviera confinada en la oficina improvisada en la esquina del almacén.

Su corazón se encogió cuando vio el rostro agrio de la señorita Snipp en la puerta, tan agrio como si estuviera chupando un limón. Decidió tratar de adoptar la actitud amistosa de su marido, a la vez que comenzaba a sentirse mareada, presagiando la conversación que se avecinaba.

—Buenos días, señorita Snipp —saludó Gertie con toda la emoción que fue capaz de reunir—. ¿Todo en orden?

—No en particular —respondió ella con el ceño fruncido—. Mi frágil cadera me ha causado unos dolores terribles.

—Lamento oír eso —contestó Gertie—. ¿Ha probado las sales de Epsom?

—Por supuesto. Es este clima, esta terrible humedad —dijo acusadoramente, como si la propia Gertie tuviera la culpa.

—Ah, sí, bueno, no hay mucho que podamos hacer al respecto.

—Hmmm. Supongo que no. En fin, señora Bingham..., ¿me concedería un momento de su tiempo?

—Claro.

La señorita Snipp volvió a colocarse las gafas en la nariz.

—Es sobre el club de lectura.

—Oh, sí... —dijo Gertie, con una creciente sensación de temor.

La mujer se cruzó de brazos.

—Me temo que tendré que renunciar a mi cargo de presidenta.

—¿Presidenta? —preguntó ella, sorprendida.

La señorita Snipp asintió.

—A mi edad, es demasiado y, con franqueza, las personas que asisten a las reuniones en estos días me parecen por completo indignas de mis esfuerzos.

—Siento escuchar eso.

La señorita Snipp, con la mirada perdida, sacudió la cabeza.

—No aprecian la magnitud de algunos de nuestros más grandes escritores. Así no puedo ayudarlos.

—¡Ay, Dios!

—En efecto. Así que creo que sería mejor que la señorita Godwin tomara las riendas.

—Ya veo. Bueno, si usted cree que eso es lo más conveniente...

—Debo decir que se está tomando esto muy a la ligera, señora Bingham —repuso la señorita Snipp levantando la cabeza con brusquedad.

Gertie suspiró con lo que esperaba que fuera una enorme seriedad.

—Créame, señorita Snipp, me entristece, pero apoyo su decisión.

La mujer la examinó por encima de sus gafas de media luna.

—Bien. Pues creo que eso es todo —concluyó, cojeando ya hacia la parte trasera de la tienda.

—¡Buenos días, señorita Snipp! —exclamó Betty cuando se encontraron en la puerta.

—¿Qué tienen de buenos? —murmuró antes de desaparecer.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Betty, acercándose al mostrador.

—Está perfectamente bien. Acaba de dejar el club de lectura en tus manos, así que leeremos a George Eliot este mes. Espero que te parezca bien.

—No la decepcionaré, señora B.

Gertie le dio unas palmaditas en la mano.

—Lo sé, querida.

El día parecía estirarse como un líquido viscoso por suelo, hasta que, a media mañana, se presentó en la librería Barnaby Salmon, un joven con anteojos que era represen-

tante de una editorial. Gertie se había dado cuenta de que cuando él entraba, Betty se enderezaba, se alisaba el vestido y se arreglaba el peinado con rapidez; de la misma forma, el señor Salmon siempre se aseguraba de que sus citas cayeran en los días en los que a la chica le tocaba trabajar.

—Buenos días —lo recibió Gertie.

Barnaby se quitó el sombrero a modo de saludo.

—Buenos días, señora Bingham, señorita Godwin.

—Señor Salmon —dijo Betty, quien pareció crecer unos centímetros bajo su mirada.

Gertie se giró hacia el joven.

—Bien, señor Salmon. ¿Cree que podría dejarlo en las hábiles manos de la señorita Godwin esta mañana? En los últimos días, ha estado asumiendo más cometidos y estoy deseosa de recompensar sus esfuerzos.

El señor Salmon estaba tan feliz como si alguien le hubiera entregado las llaves de la entrada al mismo cielo.

—Por supuesto, señora Bingham. Será un placer. —Se volvió hacia Betty—. Tengo un libro nuevo del señor George Orwell que le va a encantar, señorita Godwin.

—¡Fantástico! —exclamó Betty con un brillo en los ojos.

Gertie sonrió. Le gustaba asistir al desarrollo de aquel encantador romance bibliófilo. La transportaba a los días en los que ella y Harry se conocieron. ¡Qué buenos recuerdos! ¡Cómo echaba de menos a su desaliñado marido!

Agradecía que Betty aceptara con facilidad responsabilidades adicionales cuando se las ofrecía. Se dijo a sí misma que era importante animar a las generaciones más jóvenes, pero, en el fondo, sabía que había comenzado a retirarse. El oficio de librera había sido su mundo entero en algún mo-

mento, pero, sin Harry, su vocación había perdido el brillo mágico que la caracterizaba. En verdad, cada aspecto de su vida lo había perdido. Su ausencia era una compañera constante para Gertie. De repente se daba cuenta de que había preparado dos tazas de té sin querer; o escuchaba algo importante o preocupante en la radio y se giraba, buscándolo, para discutirlo con él; o si un cliente pedía una recomendación de un libro, ella pensaba en Harry de inmediato. Él habría sabido qué lectura sugerirle, desde las historias de piratas para un niño hasta Shakespeare para un anciano lector. Aunque ella también tenía instinto para ello, a su esposo le sobrevinía de forma natural. Gertie era quien trataba con los editores y él quien se encargaba de los clientes. Todavía había personas que pedían hablar con él dos años después, y no conseguían disimular su angustia cuando Gertie los informaba de que había muerto. Ella estaba familiarizada con ese sentimiento. A veces acariciaba los lomos de los libros de las estanterías y veía a Harry en cada volumen, en cada página, en cada palabra. Aquello le ofrecía algo de consuelo, pero también le hacía un nudo de tristeza en el estómago. Gertie amaba su librería, pero la había amado más cuando Harry estaba en ella.

—¿Me ha escuchado, señora B?

Gertie parpadeó, despertando de su ensoñación.

—Lo siento, querida. ¿Qué decías?

Betty se rio entre dientes.

—La he perdido unos segundos, señora B. Le estaba diciendo que el señor Salmon se va. ¿Quiere revisar la orden? He pensado que podríamos organizar algo grande con el nuevo libro de George Orwell. Puedo colocar una pila en el escaparate, si le parece bien.

Gertie echó un vistazo al papeleo, agradecida de que alguien tomara las decisiones por ella.

—Perfecto. Gracias a los dos.

El señor Salmon hizo una cortés reverencia.

—Gracias, señora Bingham. Señorita Godwin, ¿la veré el sábado?

Betty lo miró a los ojos.

—Ya estoy esperando a que llegue...

—Tengan un buen día, señoritas —se despidió él al fin, deteniéndose en la puerta para inclinar la cabeza hacia Betty.

—¿El sábado? —preguntó Gertie después.

Betty asintió.

—Me ha invitado al cine. A ver la nueva película de James Stewart. Creo que jamás me habría interesado si no fuera por él, pero en este momento eso es lo que menos me importa.

—Me alegro por ti, querida.

Betty dio un suspiro feliz.

—Es maravilloso encontrar a alguien que ama las mismas cosas que tú, ¿no? Barnaby y yo...

—Oh, conque ahora lo llamas Barnaby.

—Bueno, decirle «señor Salmon» es un poco formal, ¿no? —repuso, con cierta timidez—. Ya no estamos en 1900. A ninguno de los dos se nos ocurre nada mejor que vender libros. En realidad, es una cura para el alma. Quiero decir, mire a P. G. Wodehouse, por ejemplo. Los fascistas se apoderan de Europa y él crea a Roderick Spode para hacerlos parecer unos idiotas.

Mientras escuchaba las osadas teorías de su ayudante sobre cómo todos los autores, desde Charlotte Brontë hasta

Charles Dickens, habían mejorado su vida, se le ocurrió algo. Betty y Barnaby eran la generación nueva. Tenían la pasión que tanto le faltaba a ella. Tal vez fuera hora de pasarles el relevo, como el señor Piddock había hecho con su carnicería.

Gertie había estado dándole vueltas en los últimos meses, y ahora le parecía obvio. Debía seguir adelante, alejarse incluso. Le gustaba la idea de mudarse a Rye o quizás a Hastings. Se acercaba a los sesenta y, a pesar de la opinión del señor Chamberlain, el país bien podría estar de nuevo camino a la guerra. Gertie quería estar a salvo, lejos de Londres, en caso de que algo sucediera. No podía enfrentarse a otra guerra en la capital. Ni siquiera estaba segura de poder enfrentarse a otra guerra, punto final. Sobre todo, quería escapar del constante recordatorio de que Harry se había ido y de la dolorosa realidad de una vida sin él.